

CUCA CANALS

El joven

POE

El misterio
de la calle

Morgue

edebé

El joven



POE

El misterio
de la calle
Morgue

edebé

CUCA CANALS

El joven



POE

El misterio
de la calle
Morgue

edebé

© Autoría: Cuca Canals, 2017

© de la edición: Edebé, 2017

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora editorial: Reina Duarte

Diseño de la colección: Book & Look

1ª edición, marzo 2017

ISBN: 978-84-683-3183-6

Depósito legal: B. 911-2017

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).



DOS POBRES MUJERES ASESINADAS



Esta historia que os voy a contar empieza con un terrible asesinato. O mejor dicho, dos. Una madre y su hija. Dos pobres mujeres que aparecieron muertas a tres manzanas de la casa donde yo vivo, en la calle Morgue.

Pude ver con mis propios ojos cómo las sacaban por la puerta principal, una detrás de otra. Los curiosos se agolpaban frente al edificio, boquiabiertos. Los niños gemían por tan macabro espectáculo. Las víctimas tenían el rostro tan desfigurado que resultaba imposible reconocer quién era la madre y quién la hija. Parcialmente cubiertas por una sábana blanca que ya se había teñido de rojo, no era difícil imaginar que les habían hecho una auténtica carnicería. En fin, un espectáculo nada agradable ni siquiera para mí, que estoy tan acostumbrado a ver muertos.

Recordé haberme cruzado con ellas en alguna ocasión. Y mientras las dos camillas desaparecían de



mi vista, me pregunté quién podría haber sido capaz de cometer tal barbaridad.

Pero vayamos por partes...



El día en el que se produjo ese doble asesinato fue muy ajetreado. Al mediodía, tras salir de la escuela, mi hermana pequeña Rosalie y yo fuimos a la Campana, una casa abandonada adonde solemos ir los niños del barrio. Aunque es propiedad del Ayuntamiento, podemos utilizarla hasta que sea demolida. La usamos para reunirnos cuando acaban las clases, lejos de los mayores. Es un lugar cada vez más concurrido porque allí podemos hacer muchas cosas sin estar vigilados: hay quien se dedica a charlar, a jugar a las cartas o a tontear con las chicas. También hay quien, como yo, prefiere hacer negocios.

Me dedico a vender sustos. Sí, vendo sustos de asustar. A cambio de una pequeña cantidad de dinero, mis clientes pueden elegir uno de los muchos que les ofrezco. ¿Que para qué sirven? Muy fácil. Para amedrentar a la persona que más deteste el cliente. Incluso he hecho un catálogo donde explico paso a paso cómo llevarlos a cabo. Vendo desde sustos para sobrecoger a padres crueles o a hermanos mayores aprovechados, hasta sustos para vengarse de profesores injustos o tutores despiadados.

Pero... ¡por mis muertos!, si todavía no me he presentado.



Me llamo Edgar Allan Poe. Acabo de cumplir 11 años y vivo con mis padres adoptivos en el barrio de las Bellas Artes de Boston, aunque es más conocido como el barrio de los Niños Postizos, por la gran cantidad de familias con niños adoptados que ahí residen. Al menos, gracias a eso, a dos calles de mi casa vive mi hermana pequeña Rosalie con sus padrastros. Tengo otro hermano, William Henry, pero él reside fuera de Boston. Hace un par de años, los tres vivíamos juntos en un orfanato, hasta que nos dieron en adopción y fuimos a parar a tres familias diferentes. Además, mis padres adoptivos tienen otro hijo, Robert Allan, de 16 años. Me odia porque cree que voy a quedarme con el patrimonio de sus padres. Es arrogante e insoportable, pero, por suerte para mí, está interno en un colegio militar y solo lo veo dos semanas al año.



En la escuela me llaman «El Raro». Y no solo a mí, también a mi familia. Que digan lo que quieran, me da igual lo que piensen los demás. ¿A quién per-

judico siendo como soy? ¿Acaso no somos todos un poco raros? ¿Quién no tiene alguna manía? ¿No es peor la gente que declara ser normal y siempre está incordiando a los demás? Yo creo que ser raro significa ser único. Y eso, más que un defecto, me parece una virtud.

Por ejemplo, cada vez que voy a un sitio en el que no he estado tengo que formar un círculo caminando. También me encanta hacer formas geométricas con todo: con el puré de patatas hago cuadrados; con las pequeñas piedras del jardín hago triángulos, y en las superficies polvorientas dibujo círculos con la yema de mi dedo índice. No soporto que los objetos que están colocados uno al lado de otro se toquen entre ellos, ya sean cubiertos o tizas de colores. Cuando me voy a dormir, antes de cerrar los ojos, tengo que contar hasta trece. Asimismo, soy algo supersticioso. Por las mañanas siempre salgo de la cama pisando el suelo de mi habitación con el pie derecho. ¡Si un día me equivoco, me quedo en la cama todo el día, aunque tengo que inventarme que estoy enfermo porque, de lo contrario, mis padrastros no me dejarían! Durante las noches de tormenta, me aseguro de dormir con la tripa cubierta y la ventana bien cerrada. Lo hago desde que leí que los fantasmas te pueden robar el ombligo y devorarte sin piedad.



Otra razón de que me tilden de raro es que mi padrastro es dueño de una funeraria, un lugar que, por cierto, visito a menudo: cada vez que se enfada conmigo me envía allí a barrer. Eso ha hecho que, además de ser un experto en limpiar suelos, ya haya visto cientos de muertos; en concreto: 457 cadáveres hasta el día de hoy. Al principio me daban un poco de miedo y repelús, pero ahora solo me provocan una respetuosa indiferencia. A veces, cuando acabo de barrer, me echo una siesta en alguno de los ataúdes vacíos y agradezco a los difuntos que no le digan nada a mi padre adoptivo. Es una de las ventajas de vivir entre muertos: no molestan a nadie. Con la escoba me encanta hacer pequeños círculos de suciedad e imaginarme que el polvo se transforma en enormes escarabajos, cucarachas o arañas que reptan por las paredes. Son tan repugnantes que hasta los cadáveres resucitan al verlos.

Por una imposición de mi padrastro, un hombre muy pragmático, siempre visto de negro. Tengo 6 camisas, 3 jerséis de cuello alto, 1 chaleco, 2 abrigos y 2 pares de zapatos. Todo negro. Incluso son de ese color mis 3 calzones, las 6 camisetas interiores y mis 3 camisones de noche. Así, las manchas y el desgaste de mi ropa no se notan tanto y mi madrastra tiene menos trabajo conmigo. Supongo que vestir de negro tampoco ayuda a que me vean como a un joven



normal, pero no me importa porque es mi color preferido. Como la oscuridad y la noche.

Me encanta adentrarme en la negrura. Cuando cierro los ojos, puedo hacer todo lo que quiero: desde imaginarme que puedo volar hasta enfrentarme a un ejército de bisontes. Sucede lo mismo que cuando escribes. Puedo inventarme mundos irreales, crear personajes maravillosos o incluso torturar a mi padrastro. Por eso, cuando sea mayor quiero ser escritor. Y, lo mejor de todo, con la imaginación soy capaz de ver a mi verdadera madre, que murió hace tres años, siempre que quiero. Se acerca a mí y los dos nos abrazamos.



Tengo un amuleto que, debo reconocerlo, no es muy «normal»: el ojo de un muerto, que guardo en un pequeño frasco con formol. Lo robé hace tiempo de la funeraria de mi padrastro y lo llevo siempre en mi bolsillo. Además, me sirve como arma secreta de defensa. Si alguien me molesta, yo le aproximo el ojo y en el 99 % de los casos logro que me dejen en paz.



También tengo una mascota muy especial, un cuervo al que bauticé Neverland. ¡Es la única palabra que sabe pronunciar! La repite constantemente, así que no me costó mucho decidir el nombre. Vive en un saliente del tejado de nuestra casa y en invier-

no, cuando hace mucho frío, le dejo dormir en la buhardilla donde guardamos los muebles viejos. A veces me sigue a los sitios a los que voy, como si quisiera protegerme desde el cielo. Cuando me acompaña a la escuela, suelo pedirle que se mantenga a una distancia prudente para que nadie sepa que él y yo somos amigos. Rosalie es de las pocas personas que lo conoce. Mi padrastro, por supuesto, no sabe ni que existe, porque, si se enterara, estoy seguro de que lo desplumaría y descuartizaría sin pensárselo dos veces.



Pero volvamos al día en que se cometieron los dos asesinatos.

Como decía, horas antes yo estaba con mi hermana en el edificio de la Campana, donde nos reunimos los chicos del barrio. Y aunque no lo sabría hasta una semana después, en aquella casa abandonada hallaría la clave de los dos asesinatos de la calle Morgue.

Joana, compañera de clase de mi hermana Rosalie, fue mi clienta de sustos ese día. El motivo: la madrugada anterior se había despertado por unos ruidos que había escuchado desde su cama. Al asomarse a la ventana de su habitación, vio un gigantesco animal atravesando la calle. Aterrorizada,



despertó a su padrastro para alertarlo. El hombre, en lugar de escucharla, decidió azotarla convencido de que la niña se estaba inventando esa historia. Joana insistió; no tenía dudas de lo que sus ojos habían contemplado: un descomunal animal corriendo por la calle.

—Lo único que quería era avisar a mi padre y a cambio recibí una dura reprimenda —me contó indignada—. Y lo peor de todo es que me ha castigado un mes entero sin tomar chocolate. ¡Cómo puede ser tan cruel!

Joana reconoció que estaba profundamente dolida y disgustada.

—Yo haría lo mismo, me vengaría de mi padrastro —le dije.

Mi hermana, que a veces parecía un loro, repitió mi comentario y proclamó:

—Yo también me vengaría de mi padrastro.

Joana eligió el número 17 de mi catálogo de sustos: ¡el dedo amputado! Le entregué la lista de lo que necesitaba para llevarlo a cabo. ¡Me encanta hacer listas de todo! Por cierto, tuve que hacerle un descuento a Joana por culpa de mi hermana, que siempre me hace rebajar el precio de mis sustos, esta vez con la excusa de que eran amigas.

Al igual que la mayoría de los sustos que he diseñado, el del dedo amputado lo había probado en mi casa con mi padrastro. Lo coloqué sobre la butaca

donde suele sentarse y... ¡casi le dio un ataque al corazón cuando lo vio!

SUSTO Número 17: EL DEDO AMPUTADO

Ingredientes necesarios

- 1 salchicha
- 1 cebolla
- Salsa de tomate
- 1 plato pequeño

Modo de preparación

- 1) Se corta una salchicha por la mitad; mejor si está cruda porque así será más repugnante. Se coloca sobre un plato.
- 2) Para realizar la uña, se utiliza un pedazo de un aro de cebolla. Se corta en forma rectangular, aproximadamente de la misma medida que una uña real. Se posa sobre el extremo de la salchicha.
- 3) La salsa de tomate será la sangre. ¡Hay que ponerla en la parte seccionada del dedo! Se aconseja dejar el plato en un lugar poco iluminado para que parezca más tétrico.





Después de venderle el susto a Joana, nos fuimos corriendo en dirección a mi casa. Rosalie y yo habíamos quedado para merendar con mi hermano mayor y se nos había hecho tarde. William Henry vive en Baltimore, a 399 millas de Boston, y solo nos vemos dos veces al año, cuando sus padres adoptivos lo traen a mi casa para que los tres hermanos estemos juntos.



Al llegar a la calle Morgue, fue cuando vimos el ajetreo. Muchos de nuestros vecinos estaban agolpados frente al edificio donde se había cometido el doble asesinato. Pude ver al señor Adolphe Griffin, propietario de la tienda de comestibles, al matrimonio Olsen y a la familia Print. Y también a la señora Grander, un mujer fea como una pesadilla y, sobre todo, insoportable. Todos la conocen como la Correvidile por lo chismosa que es. Fue ella precisamente quien se dirigió a mí para contarme lo sucedido. Cuando la veía, me imaginaba que su cabeza se transformaba en la cabeza de un loro que parloteara sin descanso. Sabía que, si empezaba a hablar, no pararía, así que, para que me dejara en paz, decidí utilizar mi arma secreta. Saqué de mi bolsillo el frasco con el ojo y se lo mostré. Ella emitió un grito y se alejó corriendo. Mi hermana se desternillaba. A



su lado, Brandy Bones también se reía exageradamente. Es un joven pelirrojo algo retrasado que vive en una casa de acogida y mendiga comida por toda la ciudad. Le apodan Bones ('huesos') por su extrema delgadez. Realmente, está en los huesos. A mí me cae bien; siempre está dispuesto a ayudar a los ancianos o a hacer reír a los niños. Casi todos los vecinos le tienen afecto y le regalan comida. Sin embargo, no hay forma de que Brandy engorde. Mi hermana y yo solemos darle parte de nuestra merienda. Yo incluso le he ofrecido algunas de mis galletas preferidas, las de mantequilla. ¡Son tan apetitosas que he llegado a comer 58 en un solo día! Las hace mi madrastra y no tengo dudas de que son las mejores de Boston y del mundo entero.



Mientras nos dirigíamos a mi casa, al otro lado de la calle, distinguí a Roderick Usher asomado a la ventana de su residencia de dos plantas. Su hermana Madeleine y él viven en la mansión Usher y son conocidos por su extraña vida. Hay quien dice que el jardín que rodea el edificio está repleto de sepulturas de muertos que cobran vida por la noche y que se reúnen con los dos hermanos en el interior de la casa. Igualmente, al tratar de alejarnos de la multitud, identifiqué al señor Jones, parapetado tras una

6

farola. No se perdía detalle de lo que estaba sucediendo. Su esposa había muerto hacía dos meses y la rumorología del barrio decía que él había sido el asesino. Realmente, es un ser hurraño y malhumorado; si alguien le lleva la contraria, se enoja. El señor Jones se dio cuenta de que yo le estaba mirando y, para provocarme, hizo con su dedo el gesto de una navaja degollando mi cuello. No sé por qué, pensé que él podía ser el culpable de los crímenes de las dos mujeres.

Rosalie, asustada, me agarró de la mano. Los dos aceleramos el paso.

—Vámonos, que se nos hace tarde —le dije.

—Sí, que se nos hace tarde —concluyó ella.

7

